

Criador debe ser tan diferente del punto de vista estrecho, finito y tenebroso de la criatura, que, por el hecho solo que parezca verdad al hombre tal pensamiento metafísico, puede parecer error, pequeñez y quimera al Omnipotente.

Pero por otra parte, siendo hombres, nuestra naturaleza humana nos permite tan solo raciocinar y sentir con la conciencia que Dios nos ha dado, para conversar con nosotros mismos y con su esencia suprema.

XIX

Ahora bien, llegando á la parte práctica, ¿qué puede concluir filosóficamente, en estas tinieblas y en esta distancia infinita que la separa de su Criador, el alma humana condenada por la voluntad suprema al suplicio continuo y á la semi-noche de la existencia?

Desde luego puede y debe concluir que, pues tal sucede, así plugo al Todopoderoso, y pues así le plugo, la cosa es tan necesaria como perfecta, si se considera que solo lo necesario y perfecto puede dimanar de la voluntad y perfeccion supremas.

Una vez adquirida esta convicción (y la cosa no es discutible), podemos formar las conjeturas mas santas y mas verosímiles para explicarnos, en tanto como es posible, esta existencia tan breve é inex-

plicable de miserias, muerte y tinieblas, á la que quiso llamarnos el Altísimo á su hora debida, en este punto imperceptible de su universo.

¿Cuales son las mas verosímiles y las mas santas de estas conjeturas, segun la razon, segun la fé de todos los grandes ingenios, desde Job hasta nuestros dias? Vamos á exponerlas en pocas palabras :

El hombre es una criatura en la cual todo anuncia un decaecimiento de una perfeccion primitiva, á consecuencia de un trastorno físico, ó de alguna catástrofe moral que solo dejó subsistir los restos del naufragio de la humanidad primera. Segun la tradicion cristiana, el *pecado entró en el mundo*, y con el pecado el dolor y la muerte. Tal vez por otra parte cuanto vemos no pasa de una prueba, y lo cierto es que la razon reducida á sus propias fuerzas es infructuosa.

De un modo ú otro la vida es un suplicio, y errado andaria quien buscase en nuestro corto tránsito en este planeta, algo mas que el dolor.

Pero este suplicio es una rehabilitacion póstuma si lo aceptamos con resignacion, como nos lo asegura la palabra de aquel Dios que no puede engañarse ni engañarnos. Así nuestra confianza, nuestra fé debe reposar en la justicia del Criador, esto es, en una de sus innumerables perfecciones infinitas.

Para que esta rehabilitacion tuviese efecto, era necesario que el hombre fuese libre de merecer su rehabilitacion y su inmortalidad en la otra vida.

Para que fuese libre, era preciso que hubiese

combate meritorio y con armas iguales entre la inteligencia y las pasiones, y que la conciencia fuese el juez supremo de la victoria ó de la derrota.

Para que fuese posible este combate cuyo precio es la inmortalidad, era indispensable que envolviesen á nuestra alma tinieblas bastante espesas para autorizar la duda, y suficientes luces para iluminar nuestra fé.

Sin estas tinieblas, la evidencia de Dios hubiera fulminado el alma de verdad y de virtud, establecido un equilibrio forzoso entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas; imposibilitado el pecado, y despojado de todo mérito á la santidad. En otros términos el hombre no hubiera cooperado á su propia destinacion, cesando de ser libre hubiera cesado de ser hombre, su virtud forzosa lo hubiera degradado de toda espontaneidad, y la voluntad hubiera perecido con el libre albedrío. Ahora bien, ¿qué hubiera sido la creacion sin la voluntad? La materia.

Esta teoría que enunciarnos nos presenta, no seguramente la palabra, sino la sombra de la palabra divina relativamente al enigma de las miserias y tinieblas de nuestra condicion humana. Duro es el fallo, pero pronunciado por el Omnipotente, y arrastrar las cadenas de la existencia, tal es la condicion impuesta á la prole de Adam. Un dia nos será revelado este misterio en toda su verdad y plenitud. Entonces podremos bendecir y adorar este arcano sublime que, en este valle de lágrimas, afana nuestro corazon y abruma nuestras potencias.

XX

En esta condicion, no aceptada sino forzosa, que resulta al hombre de su existencia tenebrosa y miserable en este mundo, dos filosofías solicitan nuestra opcion en sentido opuesto :

La filosofía de la rebelion, como la del Satanás bíblico ó del mismo Job al principio del poema, resultante de la demencia de la voluntad humana sustituida á la voluntad divina;

O bien la filosofía de la resignacion, de la fé, de la aceptacion, del arrepentimiento, de la inmortal certidumbre. — *Scio quod Redemptor meus vivit.* — Sé que hay una justicia y una rehabilitacion en el cielo. Tal es la filosofía de la razon, pues Dios, como dice Eliú al patriarca de Hus, excede en sublimidad á su criatura. Al mismo tiempo tal es la filosofía de la necesidad, pues el Criador, como sus obras lo indican al santo varon, posee un poder infinito, y no así nosotros; tal es igualmente la filosofía de la santidad, esto es, la conformidad, como nos dice el Evangelio, de la voluntad miserable, frágil y perversa del hombre con la voluntad perfecta, santa y divina de Dios; tal es por último la filosofía que diviniza la voluntad humana, pues esta adquiere un reflejo procedente del trono del Altísimo al asimilarse á la voluntad divina.

Todas las demás filosofías solo sirven para encoñar nuestras llagas y vertir nuevo veneno en este cáliz humano, tan salado y tan amargo por nuestras lágrimas continuas.

Comprendo como Job que el alma humana, irritada é indignada al principio de sus tribulaciones, por un suplicio que la tuerce y su sér desencaja, sin que le conste porque lo ha merecido, llame á su Criador en juicio ante esa eterna equidad que protesta en lo mas íntimo del corazón del abatido patriarca, y le diga : « Maldita sea la noche en que fué concebido un hombre. »

Seguramente es un pecado el blasfemar contra la existencia, pero de todos es el mas noble, pues es el mas fiero y valeroso, como el grito del reo que en afrentoso patíbulo, arrostra el furor de sus verdugos y reta audaz la saña de sus perseguidores. Pecado es este de los pechos denodados, y cuya grandeza estriba en su locura. ¡Ay! ¿quién de nosotros no lo cometió en su vida, sobretodo si le cupo en dote una fibra palpitante de fortaleza y energía, que gime, ruge y se tuerce bajo los tormentos de la vida y de la muerte, procediendo del suicidio del cuerpo, hasta la blasfemia, que es el suicidio del alma? Por mi parte, confieso con vergüenza y dolor, tal es el crimen que ha ejercido mayor seducción en mi vida, si bien hace tiempo que digo como Job : *Pequé y me arrepiento*. Estas son las dos palabras de todo lo que vive, de todo lo que piensa y de todo lo que peca en este mundo.

La humildad es la verdadera gloria del hombre, la palabra mas bella del fulminado patriarca, el precepto mas santo del Evangelio; y el que instituyó este prosternamiento interior del alma, estableció el único vínculo del espíritu humano con su Criador.

XXI

No podemos menos de repetir aquí, lo que hace pocos dias decíamos relativamente á un poeta moderno cuyos labios exhalaban las sublimes blasfemias de Job, mas no las palabras de humildad del santo varon de Hus.

Toda persona que ha vivido un cierto número de años en esta tierra, y cuyo pensamiento ha penetrado hasta el tuétano de la vida, debe adoptar una ú otra de estas dos conclusiones y abrazar uno ú otro de estos dos partidos extremos : el desprecio de sí mismo, del hombre y del mundo criado, ó el respeto de la obra divina y la adoracion del divino artífice; en otros términos, el sarcasmo y el suicidio, ó la resignacion paciente y la oracion procedente de la fé. Y errado andaria quien creyese que las almas vulgares son las que deliberan por algun tiempo consigo mismas antes de preferir la esperanza á la desesperacion, el pio entusiasmo á la amarga risa, la vida moral al suicidio del alma. No, la mayor

parte de las veces son las almas magnánimas y sedientas de ideal, cuya grandeza y aspiración precipitan en esta impiedad de espíritu.

Mientras más favorecido se halla un hombre por la naturaleza, mientras mayor dosis posee de imaginación y sentimiento, mientras mayor facultad le cupo de pensar ó amar, más vulnerado se halla en su inteligencia, más magullado en su sensibilidad por ese torbellino humano *en que nada existe de lo que existir debiera*, antes de llegar por la muerte á esa morada divina *en que existirá todo lo que debe existir*. El hombre que posee tan favorable organización, siente en sí mismo un poder de vida interior capaz de gastar millares de cuerpos y millares de siglos, sin haber embotado solamente su facultad de ser, al paso que una ley fatal lo condena á adherir á un puñado de corruptible arcilla, amoldada en forma de órganos que caen arruinados después de un corto número de auroras y crepúsculos, á pesar de todos sus esfuerzos para restaurarlos incesantemente y comunicarles un poco de esa inmortalidad que siente en lo íntimo de su sér.

La necesidad de pensar lo devora, y cada vez que concentra su mente en los objetos más dignos, sus pensamientos como aves cuyos ojos sacara el pajarero cruel, van á chocar, estallarse y confundirse contra los límites de su horizonte, esto es contra el misterio, contra lo desconocido, contra lo inexplicable.

La aspiración de la felicidad lo atormenta, y cada

uno de los órganos que parecen haber sido criados para pedirle y darle la dicha procedente de la plenitud del sér, no le acarrea más que desencantos, quebrantos, angustia en el alma y dolores en el cuerpo.

Si ama, ve perecer bajo sus ósculos al objeto de su ternura. Su corazón anhela amar eternamente lo que amó una vez, y su vida es una despedida continua sin nuevo encuentro.

Si la suerte le es benigna, si se realizan sus votos, la muerte se le presenta esgrimiendo sobre su cabeza su fatal guadaña, y trocando su felicidad en desesperación por el sentimiento de lo efímero de los placeres á que puede aspirar en este mundo.

Si su suerte es acerba é intolerable, no conoce la existencia más que por el dolor, y echa de menos la nada en que á lo menos dormía sin soñar.

Si, fuera de sí mismo y de este mundo visible, busca afanoso su pensamiento un mundo mejor, encuentra este mundo á que aspira como puerto de refugio, lleno de terrores y suplicios, y se ve condenado á caminar entre la superstición y el ateísmo, como sobre el filo del sable entre dos abismos profundos.

Si, prescindiendo de su propia personalidad, se sacrifica lleno de abnegación y en vista de Dios, á la mejora de su linaje, al progreso de la razón y al fomento de las instituciones humanas, su sola recompensa es el ludibrio ó el martirio, pudiendo notar que los hombres formados en todos siglos y

latitudes con el mismo cieno, cambian de forma sin cambiar de naturaleza; que pueden ser amasados de diferentes modos con el fango, pero nunca llegará éste á adquirir las propiedades del bronce, y que el progreso indefinido en esta tierra es el sueño tan falaz como presuntuoso de la humana arcilla que quisiera llegar á ser Dios y nunca pasará de polvo. Así aunque superase á la humana grey por su naturaleza, aunque fuese semi-dios como Prometeo, se ve obligado á reconocer su error en su hora postrera y exclamar, dirigiéndose al Criador, como Cristo en la cruz: « ¿Porqué me habeis abandonado en mi obra? » Los hombres quieren ser engañados, encadenados, inmolados; y así no es de extrañar que divinizen á los conquistadores que los degüellan, y guarden tan solo el escarnio ó el suplicio para sus libertadores, pues la mentira y la servidumbre solo pueden complacerse en las cosas que guardan cierta conexión con su naturaleza propia. Un hombre verdaderamente grande no puede menos de avergonzar y confundir á la especie á que pertenece; así, es necesario hacerlo desaparecer cuanto antes de este mundo, para que su virtud no humille al género humano. La copa de Sócrates, la cuchilla de Caton, el imperio de César, tal es el mundo.

En presencia de tanta miseria y bajo la ley histórica é inmutable de semejante destino, ¿qué puede quedar al hombre de genio y buena voluntad? Solo el vivir resignado mirando con gravedad las

cosas ó bien proceder con tono fisgon y decir: « ¡Oh « Júpiter, que chanza tan pesada fué la tuya al formar una gente como nosotros! »

En efecto, cuando hay medio de combatir cuerpo á cuerpo contra un destino que nos avasalla por su fuerza superior, y nos escarniza desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias, la sola venganza que nos queda es la risa, esto es, la mofa de esta suerte implacable, el desprecio de los hombres y de nosotros mismos, la asociacion á esa irónica carcajada que resuena desde el principio del mundo hasta la época presente detras del telon del teatro humano, y exclamar, como ya lo decia en su tiempo el rey Salomon, falsamente reputado sabio: « Amemos, riarnos, bebamos, divertámonos pues todo « lo demas es vanidad. » Cantar así su propio envilecimiento, celebrar en tales términos la vergüenza propia, solo puede proceder de un amargo deleite, de un orgullo acerbo del ente humano que parece proponerse únicamente vengarse de la suerte que fango nos hizo, enbadurnándose con su propio lodo y diciéndole así desfigurado: « ¿A qué no me « desprecias tanto como yo me desprecio á mí « mismo? » De este modo se vuelve noble la risa, trasformándose en imprecacion y blasfemia.

Tal procede Cervantes, tal el Ariosto, tal Rabelais, tal Voltaire en su *Doncella de Orleans*, tal lord Byron en su *Don Juan*, tal todos los filósofos, tal todos los prosadores burlescos que, impresionados profundamente por la miseria humana y desprovistos